

A ceñir va las armas con que piensa
 (Bien que cubiertas de baldon eterno)
 Prolongar algun tiempo su defensa;
 Y, resguardado por el muro externo
 De un templo circundado por el foso,
 Se defiende animoso.

De enemigos, en esto, un nuevo grupo
 Acude allí; Grifon, que nunca supo
 Qué es temor, de esa chusma no se espanta,
 Antes audaz hácia ella se adelanta,
 Y, su espada á dos manos esgrimiendo,
 Hace en las filas un destrozo horrendo.

Si la turba le acosa, torna al puente;
 De nuevo luego á la calzada sale,
 Y no sale una vez que su salida
 Con nueva mortandad no se señale.

De frente y de revés, de tajo y punta,
 Infantes y caballos derribando,
 Hiere sin descansar; mas, nueva gente
 Al ver que dél en derredor se junta,
 Grave riesgo barrunta
 En luchar solo contra tal torrente,
 Falto de fuerza, respirando apénas,
 Y por el hombro y por el muslo heridos
 Perdiendo ya la sangre de sus venas.

Mas al valor y á la virtud es raro
 Que deje el cielo de prestar su amparo.
 Noradino, acudiendo
 En medio del tropel hácia la puerta,
 La gente vió que muerta
 En el campo yacia, y con su mano
 Las heridas midiendo,
 Dignas del brio de Héctor el Troyano,
 Conoció con pesar lo injustamente
 Que ultrajara á un guerrero tan valiente.

Acercándose luego, el muro advierte
 Que en torno de Grifon alzó la muerte,
 Y á Horacio piensa ver, solo, luchando

Contra el etrusco bando;
 Mas, temiendo por él, y el alma llena
 De noble y generoso sentimiento,
 La lucha suspender al punto ordena.

La su desnuda y desarmada mano,
 De paz y de amistad emblema augusto,
 Tendiendo entónces á Grifon: « Injusto,
 « Injusto fui para con vos, » le dice:
 « Un engaño infelice,
 « Consejeros fatales me ofuscaron,
 « Y al varon mas intrépido y mas noble
 « Como al ente mas vil me presentaron.
 « Vuestro valor la afrenta y el denuesto
 « Lavo, señor, que mi ignorancia os hizo,
 « Y que yo á reparar estoy dispuesto
 « Con cuanto valgo y soy. ¿Quereis riquezas,
 « Tierras, honores, villas, fortalezas?
 « De cuanto yo dispongo
 « Hoy la mitad á vuestras plantas pongo.
 « Con mi afecto contad; y que ese brazo,
 « De eterna union en prenda,
 « La victoriosa mano aquí me tienda. »

Dice; y saltando del corcel, la diestra
 Presenta al paladin, á quien admira
 La franqueza cordial que el rey le muestra.
 Al mirarle llegar, la espada y la ira
 Depone, y, baja la soberbia frente,
 Al rey las plantas besa humildemente.

Cuando la sangre Noradino nota
 Que de las llagas del guerrero brota,
 A sus gentes ordena que al palacio
 Con esmero lo lleven y despacio.

Herido allí durante
 Algunos dias permanece, en tanto
 Que buscándole Astolfo y Aquilante,
 De Palestina el territorio santo
 Recorriendo y los templos de Solima,
 Parten tal vez á mas remoto clima.

Nuevas, empero, ni uno ni otro obtiene,
 Cuando á dárselas viene
 El griego peregrino
 Que les narró como encontrado habia,
 Viniendo de Antioquia,
 Al galan y á Origile en su camino.

Pregúntale Aquilante si de aquesto
 A Grifon dió noticia; y escuchando
 Que sí, la causa presto
 De la partida de su hermano alcanza.
 Por recabar venganza

No duda que el amor sus pasos mueve
 Hácia Antioquia en busca del aleve.

Hácia allí, pues, sus armas revistiendo,
 A partir al instante
 Se dispone Aquilante, no queriendo
 Que solo, en tal camino,
 Se abandone Grifon á su destino;
 Y, al duque Astolfo por favor pidiendo
 Que su viaje retarde,
 Y que en Solima hasta su vuelta aguarde,
 Baja á Zafa y embárcase; esta siendo
 La mas directa y la mas fácil via
 Desde Jerusalem hasta Antioquia.

Impelido el bajel por el Siroco,
 Ve la tierra del Sur al sol siguiente;
 Llega á Jafet á poco;
 Pasa á Beyrut y á Gibeli, y dejando
 A Chipre hácia el Poniente,
 A Tortosa de Tripoli, y á Leza,
 Y al golfo de Layacio se endereza.

Desde allí hácia Levante el marinero
 Vuelve la proa á su bajel lijero,
 Y, aprovechando la ocasion, procura
 Del Oronte ganar la embocadura.
 Entrando en él sobre el corcel pujante,
 Salta á tierra Aquilante,
 Y siguiendo su vega,

De la ciudad á las murallas llega.

Decir escucha allí que con la aleve
 Partió Martano hácia Damasco, en donde
 Brillante fiesta celebrarse debe.
 Cierto, esta nueva oyendo, que su hermano
 En seguimiento del raptor corria
 Por ir tras de Martano,
 Parte de la ciudad el mismo dia
 Y hácia Lidia y Larisa,
 Por tierra caminando,
 La hermosa Alepo tras de sí divisa.

El Señor, por mostrar que, siempre amigo
 Del bueno, al malo da siempre castigo,
 A una legua de Mámuga le guia
 A topar con Martano
 Que de Damasco, ufano
 Con los trofeos de la lid, venia.

Las armas y la blanca vestidura
 Aquilante al mirar que el vil ostenta,
 Corre, creyendo que es Grifon; mas presto
 Su triste error advierte.
 Cambiando, pues, de pensamiento y gesto,
 Y algo tal vez temiendo de funesto:
 « Dime, ladron, » le grita, « ¿de qué suerte
 « Adquiriste esas armas? ¿por qué acaso
 « Ese lujoso arzon tu peso oprime?
 « ¿Qué es de mi hermano? dime.
 « ¿Porqué de ese bridon no rige el paso? »

Esto oyendo Origile, vuelve el freno
 Y huye veloz. Tras ella
 Parte Aquilante; alcánzala, y, de bueno
 O de mal grado, logra detenella.
 Pálido entónces hácia el héroe viene
 Martano sin aliento,
 Trémulo mas que débil hoja al viento.
 Aquilante colérico le grita,
 Y, agitando la espada,
 Dar muerte á los dos cómplices medita

Si es la verdad por ellos recatada.

Martano, á quien su situacion ofusca,
De atenuar su maldad un medio busca.

« Sabe, » le dice, « que mi hermana es esta.

« Que el ser de buena y noble gente tuvo.

« Magüer que un tiempo en vida deshonesto

« Por tu hermano Grifon sumida estuvo,

« Tal mengua soportar yo no pudiendo,

« Ni fuerza en mí sintiendo

« Para luchar contra Grifon, la idea

« De obtener sin pelea

« Mi objeto me propuse. Decidida

« A dejar de una vez tan torpe vida,

« Me declara Origile

« Que separarse intenta de su dueño

« Miétras este entregado se halle al sueño.

« Yo su designio apruebo,

« Y á fin que de Grifon al apetito

« No quede expuesta esta infeliz de nuevo,

« Su caballo y sus armas yo le quito.

« Este, señor, es todo mi delito. »

Hábil era el ardid, que hasta explicaba
El hurto de las armas del guerrero.

Justificar empero

No pudo el parentesco con la dama;

Pues sabiendo Aquilante por la fama

Que era el tal parentesco una mentira,

« Mientes, ladrón, » le dice, ardiendo en ira,

Y le da con el puño un golpe fiero

Que dos dientes le arroja al tragadero.

Agárralo en seguida, con un cable

Ambos brazos le liga, é inexorable

Con él atando á la falaz manceba

Por ciudades y villas se los lleva,

Dispuesto á recorrer de aqueste modo,

Hasta hallar á Grifon, el orbe todo.

Así llega á Damasco, acompañado

De numeroso séquito. Las voces

Que en sus alas veloces

La fama esparce, escucha enajenado.

De boca en boca la noticia anduvo

De que Grifon fué el inclito guerrero

Que con tanto teson la lid sostuvo,

Y á quien fué por Martano arrebatada

La gloria de esta célebre jornada.

Con el dedo la plebe,

Reconociendo al impostor, señala.

« ¿Es ese, » dicen unos, « el aleve

« Que á disfrazar se atreve

« La infamia propia bajo ajena gala?

« Y esa ¿no es la mujer que desdeñando

« La pasion de Grifon, haciendo alarde

« Va del amor que inspira á ese cobarde?

« — Tal para cual, » exclaman otros; « quema, »

« Gritan otros; » empala, descuartiza,

« Cuelga, cuelga al traidor, » aquellos gritan.

Y todos, fulminando su anatema,

En la plaza tras él se precipitan.

De muy pocos seguido, hácia Aquilante

Alegre el rey desde el palacio corre.

Con bondoso semblante

Le recibe y le abraza; en una torre

Poner al punto á los malvados hace,

Y al sitio se dirige

Donde herido Grifon ha tiempo yace,

Y sobre el lecho del dolor se aflige.

Aquilante un momento se complace

En hablar á Grifon de su batalla;

Mas este atento á vindicar su ofensa,

Su furia aplaca y en sus zelos piensa.

Aquilante y el rey dura condena

Quieren que en imponer no se vacile;

Mas, movido á piedad por Origile,

Grifon desea aminorar la pena,

Y hasta excusas expone

Porque á los dos malvados se perdone.

El rey, poniendo fin á este debate,
Manda que del verdugo por la mano
Sea azotado en público Martano.

De esquina, pues, lo llevan en esquina
Así que ven la lumbre matutina.
El fallo, empero, de la infiel diferen,
Que someterlo quieren
A la opinion y al juicio de Lucina.

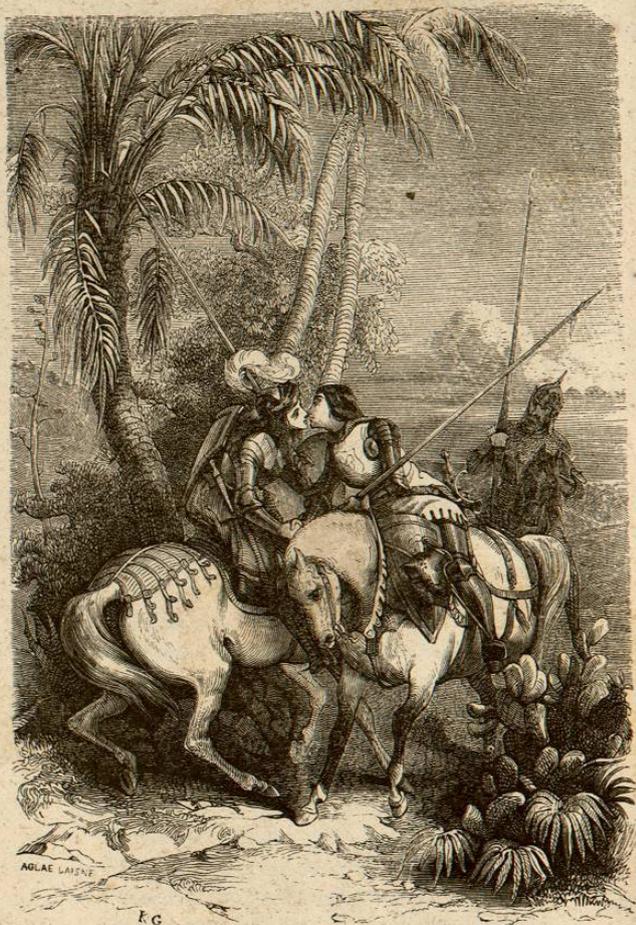
Consolarse el monarca no podía
De haber hecho á Grifon tamaña ofensa,
Y de noche y de día
Un medio discurria
De otorgarle merced y recompensa.

Con este fin, anuncia
Que al mes siguiente á celebrar se apresta
Otra mas noble y mas brillante fiesta,
En que á entregar al héroe se prepara
El premio que un traidor le arrebatará.

Rápida esta noticia
Por toda Siria cunde y por Fenicia.
Oyéndola en el suelo Palestino
El duque Astolfo, en ir allá convino
Con el jóven é ilustre Sansoneto,
A quien dió el agua del bautismo Orlando
Y Carlos dió de Palestina el mando.

Su viaje disponiendo,
Parten los dos hácia Damasco, haciendo
Cortas jornadas; pues, aun mas que pronto,
El llegar descansados les importa.
Pasando un día así por un paraje
Donde otra senda á la que siguen corta,
Una persona vieron que en su traje
Y en su ademan, un hombre parecía,
Siendo mujer y de alta nombradía.

Marfisa esta doncella se llamaba,
Jóven, noble y valiente,
Que del héroe de Amon y del de Brava
Hizo mas de una vez sudar la frente.



Encuentro de Marfisa, Astolfo y Sansoneto. (T. I, p. 323.)

Buscando, siempre armada, iba aventuras
 Con que dejar atónitas pensaba
 Las edades presentes y futuras.

Así no bien, á Astolfo y Sansoneto
 Viendo acercarse, nota
 Su altivo aspecto y su robusta cota,
 De su valor los juzga digno objeto,
 Y relajando á su corcel la rienda
 Hacia ellos corre y los provoca á duelo.
 Mas ántes hace, por fortuna, el cielo
 Que ella la vista sobre Astolfo tienda.

La dama reconócele al instante,
 Y cuanto hizo por ella recordando,
 Su cólera olvidando, la visera
 Alza, y libre del guante
 Su mano tiende y tiéndele los brazos.
 De gozo el uno y otro palpitante,
 Estréchanse con férvidos abrazos;
 Y ansiosos preguntándose en seguida
 La causa cada cual de su venida,
 A la doncella el paladin refiere
 Que asistir es su intento á una gran fiesta,
 A que convida el rey á los guerreros
 Que probar allí quieran sus aceros.

Marfisa, á combatir siempre dispuesta,
 A seguir á estos jóvenes se apresta;
 Y de ellos no fué poca la alegría
 Al verse en tan ilustre compañía.

Juntos los tres á la ciudad llegaron
 La vispera del día
 Que aquella fiesta iluminar debia.
 De Damasco á las puertas se alojaron
 En humilde posada, donde al sueño,
 Mejor que en regio alcázar, se entregaron.

La bella aurora, á su caduco dueño
 Despertando, alegraba
 La tierra ya con su fulgor risueño,
 Cuando la virgen y los dos guerreros

Se levantan, se adornan
 Y á la ciudad despachan mensajeros,
 Que con la nueva tornan
 De que el rey en el sitio designado
 Para la lid ya estaba colocado.
 Sin mas tardar, dirigen su carrera
 Por la calle mayor á la gran plaza
 Donde, armado de aliento y de coraza,
 Tanto guerrero la señal espera.

No dudando el buen rey que la victoria
 Obtenga en este el bravo caballero
 Que en el lance primero
 Sus blancas armas coronó de gloria,
 Y ansioso de poder recompensallo
 Cual su valor y esfuerzo lo merece,
 De la otra lid unir al premio ofrece
 Un puñal y una maza
 De piedras guarnecido ricamente,
 Y un soberbio caballo,
 Digno don de un monarca del Oriente.

Con el puñal colgado á la cintura,
 Hace el rey colocar junto á su grada
 La preciosa armadura
 Por el vil á Grifon arrebatada,
 Y del arzon del bruto
 La maza suspender, porque así logre
 De su doble victoria el doble fruto.

¡Incauto! no previa
 La resistencia que encontrar debía!
 No bien colgadas junto al rey divisa
 La célebre Marfisa
 Aquellas bellas armas, reconoce
 La armadura por ella abandonada
 En un camino, cuando ardiente anhelo
 De recobrar su espada
 La hizo correr tras del ladron Brunelo.

Mas ¿á qué referir esta aventura?
 Baste decir que, viendo su armadura,

Apoderarse della
 Resuelve la magnánima doncella.
 La mano, pues, con brusco movimiento
 Tiende, y sin miramiento,
 En su prisa excesiva,
 Mas de una pieza ante sus pies derriba.

Ofendido el monarca
 De desacato tal, la ceja enarca.
 A esta señal, agólpase al instante
 En torno de la virgen arrogante
 La multitud, que, á combatir dispuesta,
 Olvidó ya sin duda lo que cuesta
 Acometer á un caballero andante.

No experimenta igual placer el niño
 Que en la bella estacion trisca entre flores,
 Ni la beldad ornada con aliño
 De un baile entre los plácidos clamores,
 Al que la virgen fuerte
 Siente en medio á los bélicos furores,
 En medio de la sangre y de la muerte.
 En su bridon impávida se avanza,
 Y enristrando su lanza,
 Con ella ataca á cuantos ve primero.
 Despues saca el acero,
 Y hiere y rompe y mata, y en pedazos
 Hace saltar los muslos y los brazos.

Bien que del duque inglés y Sansoneto
 Otro fuese el objeto
 Al revestir aquella vez la malla,
 Con semblante sereno
 No pueden ver trabarse esta batalla,
 Y, arrojándose en medio á la canalla,
 Con la lanza y la espada á un tiempo hieren
 Y victoriosos van por donde quieren.

Al ver el juego convertido en guerra,
 De que la causa muchos ignoraban,
 Atónitos estaban
 Tantos guerreros de distinta tierra

Que allí, dispuestos á lidiar, se hallaban.
De estos algunos, que al socorro vienen
De la chusma, bien presto
Grave ocasion de arrepentirse tienen;
Por poner fin á juego tan funesto
Otros se esfuerzan, y otros, mas prudentes,
Los miran combatir indiferentes.

Mas no ser de este número podian
Aquilante y Grifon, que de la furia
Del monarca la causa conocian.
Por propia aquella injuria
Tomando cada cual, ase su lanza
Y al campo viene ansioso de venganza.

Delante á los demas por la otra parte
Iba Astolfo montado en Rabicano,
Blandiendo siempre en su derecha mano
La lanza que abatir pudiera á Marte.
Con su hermano en el acto
Viene á tierra Grifon á su contacto,
En tanto que á los héroes de mas nota
Pone en terrible aprieto
El intrépido y fuerte Sansoneto.

El pueblo, en fin, la valla viendo rota,
En tropel se retira,
Y el rey, ardiendo de ira,
Salir ve de la plaza
A la bella Marfisa, que su nueva
Y su antigua coraza
Hácia su albergue victoriosa lleva.

Síguenle el duque y Sansoneto, en tanto
Que Grifon y Aquilante, su accidente
Ante el rey deplorando, apena osaban,
Avergonzados, levantar la frente.
Álzala al fin y montan sus caballos,
Y, en sí bien pronto vueltos,
Con nuevo ardor empiezan á aguijallos.
Con una infinidad de sus vasallos,
A alcanzar gloria ó á morir resueltos,

Tras de Aquilante y de Grifon camina
El rey, en tanto que, ávida de ruina,
La canalla insensata
« Mata, » le grita desde léjos, « mata. »
Grifon en esto sobre el puente llega,
Y del britano advierte

Las armas con que á Orrilo dió la muerte.
En el campo sin duda
No las miró con atencion; agora
Las ve; conoce al héroe, le saluda,
É, informándose luego de la suerte
Que á sus valientes compañeros cupo,
Le pregunta porqué la irreverencia
El uno dellos cometido habia

De arrancar, del monarca en la presencia,
Las armas del padron. De todo aquello
Que es á sus compañeros relativo
Da nuevas á Grifon el de Inglaterra;
Mas de su porte en la reciente guerra
Alegar nunca pudo otro motivo
Sino que, acompañando á la doncella,
Debió abrazar su causa en la querella.

Llega en esto Aquilante;
Y á Astolfo por su voz reconociendo,
De su semblante muda

En gesto afable la expresion sañuda.
Muchas gentes despues allí viniendo,
Hácia los héroes avanzar no osaban
Y de léjos su plática escuchaban,
Cuando un soldado, oyendo
Que era la noble é intrépida Marfisa
Quien del padron arrebató las armas,
Corre al rey, se lo avisa

Y le encarga no vuelva
Su cólera á irritar, como le importe
Viva á su lado conservar su corte.

Tan temido en Oriente
Fué siempre el nombre de esta virgen rara,